

IN MEMORIAM

CESAR JEREZ

El 23 de noviembre falleció en Bogotá César Jerez a los 55 años de edad a consecuencia de un derrame cerebral. Lo recordamos porque era nuestro compañero, amigo y hermano del alma. Ponemos su recuerdo en esta revista porque este Jesuita guatemalteco fue director del Centro de Investigación y Acción Social (CIAS: el equivalente del Centro Gumilla) de los jesuitas de Centro América hasta 1976 y siguió siempre vinculado a esta perspectiva (cuando murió preparaba una reunión latinoamericana de estos centros de jesuitas). Y le rendimos público homenaje porque después de Monseñor Romero, con quien estuvo muy estrechamente ligado (era provincial de los jesuitas de Centro América con residencia en San Salvador los tres años de su arzobispado), ha sido el hombre de Iglesia más influyente en Centroamérica en estas décadas, y su sólida autoridad fue ganada y ejercida íntegramente en servicio de los pobres y de su justa causa. Siendo director del CIAS en su patria Guatemala, comenzó la

persecución a los jesuitas precisamente por ellos. Su provincialato (1976-82) coincidió con el momento más duro de la confrontación. Después se desempeñó como rector de la

Universidad Centro Americana de Managua en tiempos del sandinismo, la guerra y la derrota del sandinismo. Y al morir se disponía a ocupar el mismo cargo en la UCA de El Salvador para cohesionar con su reconocido liderazgo el equipo que se conformó tras el asesinato del rector Ellacuría y compañeros.

Vivió en medio de tantas tensiones sin perder la cotidianidad, el sentido común, las relaciones concretas, el gusto por la vida; el sentido del humor y el de la medida. Por honradez con la realidad y opción cordial desde el Evangelio se situó desde la perspectiva de los pobres y no sólo como horizonte sino como relaciones concretas mantenidas en medio de tantas ocupaciones "importantes" y perentorias. Como esta ubicación era concreta y vivida en pacífica posesión, no la esgrimió como bandera o como arma arrojadiza; por el contrario, para lograr el bien real de los pobres y el bien común, vivió de una manera abierta a todas las instancias en juego. Tenía vinculaciones importantes en el mundo político y académico de USA y Europa, en los organismos internacionales, tanto las agencias oficiales como las ONG. Recibió innumerables delegaciones, dio incontables conferencias, sostuvo continuas entrevistas, declaró ante comisiones del Congreso de USA, ante organismos del Vaticano... Desde su acendrado realismo, no se hacía ilusiones, pero tampoco escatimaba ningún esfuerzo para lograr siquiera algo. Su posición era inequívoca, cada quien sabía a qué atenerse respecto a su persona; pero no era un fanático. La causa de los pobres era para él tan absoluta como la de Dios (ya que para él era la causa por la que Dios había optado); sin embargo no la identificaba con utopías ni proyectos históricos. En estos su posición era extremadamente matizada; para cualquiera era claro que él defendía instituciones y procesos considerándolos como relativos y llenos de imperfecciones en su diseño y más aún en su ejecución.

Por eso era una persona que distendía, que creaba puentes, que ponía en todo su calurosa humanidad. Nunca sus relaciones eran oficinescas. Sabía llegar al corazón de cada quien para que conversara no desde roles preestablecidos sino desde su entraña humana, desde la que se pueden comprender los problemas y se puede encontrar camino para resolverlos y se está dispuesto a sacrificar algo para ello. Y en su agenda apretadísima siempre quedaba tiempo para encuentros, anécdotas, para el simple estar con los amigos.

El secreto de este vivir en paz y pacificando en medio de la guerra era su unión con Dios. Antes de amanecer ya estaba en la capilla. La oración era la fuente de su humanidad, de su energía incesante y tranquila, de su compromiso verdadero y hondo, de su alegría de fondo, de su capacidad para desarmar y propiciar la entrega generosa.

Este robusto mestizo (algo amulatado) de San Martín Jilotepeque, que gustaba llamarse a sí mismo "un indio sanmartineco", no podía pisar su patria porque para los asesinos enquistados en el poder era un enemigo odiado y temible. Y sin embargo él no odió a nadie. Por el contrario se hacía querer de cuantos lo trataban y comunicaba consuelo con su presencia.

Fue un jesuita de la Compañía que refundó Arrupe para encarnar hoy y aquí el espíritu de los Ejercicios de San Ignacio. Fue muy amigo de Arrupe, él lo respaldó en horas decisivas de su difícilísimo provincialato y César ayudó a Arrupe a entender muchas cosas.

Era un hombre transfigurado. Ternura y vigor. Lo más parecido al hombre nuevo que esperamos. No nos lo imaginamos en mármol o en bronce. Si acaso, en barro. Se ha ido cuando parecía más necesario para sostener la esperanza de tantos. Sabemos que lo seguirá haciendo. La suya ha sido una vida hermosa. Y ahora es que empieza.